



PSIQUE ACADÉMICA · LECTURA DE CIMENTACIÓN

El sufrimiento que no cabe en un consultorio: una cartografía socioantropológica para el psicólogo latinoamericano

Socioantropología

Sesión S01 · Fundamentos y ejes de la socioantropología: sociedad,
cultura y género en la práctica psicológica latinoamericana

01

El sufrimiento que no cabe en un consultorio: por qué la psicología necesita de la socioantropología

Andrea llega a su primer puesto profesional en un centro de atención primaria del suroccidente de Barranquilla, recién egresada de una universidad del Caribe colombiano. La esperan familias desplazadas desde Montes de María, mujeres cabeza de hogar de barrios populares, adultos mayores que llegaron hace décadas desde la Guajira y un grupo de jóvenes afrodescendientes que participan en un semillero comunitario del barrio Rebolo. Durante su formación aprendió pruebas psicométricas, teorías del desarrollo y algunos encuadres clínicos rigurosos, pero frente a las primeras consultas siente que esas categorías, pensadas para un individuo aislado, se quedan cortas frente a lo que escucha.

Una madre le dice que su angustia viene del desalojo que sufrió hace quince años. Un joven le explica que su malestar tiene que ver con no sentirse reconocido por un sistema escolar que no ve su identidad étnica. Una mujer trans le pide, simplemente, un espacio donde su género no sea objeto de burla. Ninguno de estos relatos cabe entero en un test psicométrico ni en una teoría del desarrollo individual. Andrea intuye algo que la socioantropología lleva casi dos siglos formulando con distintos nombres: el sufrimiento psíquico es, al mismo tiempo, hecho social, construcción cultural y experiencia atravesada por relaciones de género, clase y territorio.

La socioantropología es precisamente el campo interdisciplinar que articula los aportes de la sociología y la antropología aplicados al estudio de los procesos psicosociales. No se trata de una mera suma aditiva de dos disciplinas —como si bastara con agregar un capítulo de sociología a un manual de psicología—, sino de una mirada integrada que entiende al sujeto como un nudo de relaciones sociales, prácticas culturales y posiciones de género, clase, etnia y territorio. Desde la psicología social de Serge Moscovici hasta la psicología de la liberación de Ignacio Martín-Baró, pasando por la psicología cultural de Michael Cole y la psicología comunitaria de Maritza Montero, toda una tradición latinoamericana ha insistido en que el sujeto psicológico no puede comprenderse al margen de las estructuras sociales ni de los significados culturales compartidos.

La intuición de Andrea no es aislada ni exclusiva de Barranquilla: recorre ciudades como Medellín, Cali, Cúcuta y Bogotá, donde miles de psicólogos jóvenes enfrentan la misma brecha entre la teoría recibida en la universidad y las realidades psicosociales concretas del país. Por eso este curso se organiza alrededor de tres ejes que no son compartimentos aislados sino lentes entrelazadas: la sociedad como conjunto de estructuras, instituciones y relaciones; la cultura como red de significados compartidos que permite interpretar la realidad; y el género como sistema de identidades, jerarquías y divisiones históricamente construidas. Sin estas tres lentes, las intervenciones psicológicas se quedan en el individuo aislado y pierden justamente el tejido donde el malestar se produce y se transforma.

A lo largo de las doce sesiones del curso iremos puliendo estas tres lentes con autores clásicos europeos y con la tradición crítica latinoamericana, hasta que Andrea —y cualquier estudiante que la acompañe desde Bogotá, Medellín, Cali o Cúcuta— cuente con un mapa conceptual capaz de leer casos reales sin reducir a un individuo aislado lo que en verdad es un entramado de estructuras sociales, significados culturales y relaciones de género.

El sufrimiento psíquico es, al mismo tiempo, hecho social, construcción cultural y experiencia atravesada por relaciones de género, clase y territorio.

TÉRMINOS CLAVE

socioantropología — Campo interdisciplinar que articula sociología y antropología para leer los procesos psicosociales; no suma dos disciplinas sino que entiende al sujeto como nudo de relaciones sociales, prácticas culturales y posiciones de género, clase, etnia y territorio.

02

1830-1905: el nacimiento de una ciencia de lo colectivo

Para entender por qué la socioantropología puede ayudar a Andrea a leer el desalojo, la exclusión escolar o la burla transfóbica que escucha en consulta, hay que retroceder casi dos siglos, hasta el momento en que un puñado de pensadores europeos decidió que la vida colectiva merecía una ciencia propia, tan rigurosa como la física o la química. La sociología nació formalmente en 1830, cuando Auguste Comte publicó el primer volumen de su Curso de filosofía positiva. Comte no solo acuñó la palabra sociología: propuso además la idea, entonces provocadora, de una física social capaz de explicar los hechos colectivos con la misma vocación explicativa con que las ciencias naturales explicaban la caída de los cuerpos o las reacciones químicas.

Herbert Spencer, en 1851, llevó la analogía un paso más allá: comparó a la sociedad con un organismo biológico y formuló una sociología evolutiva que, pese a sus límites evidentes vistos desde hoy, dejó instalada una idea que sigue siendo útil: las sociedades pueden analizarse como sistemas de partes interdependientes, donde lo que ocurre en un extremo repercute en el otro. Años después, en 1867, Karl Marx publicó el primer tomo de El Capital, obra monumental que inauguró una lectura estructural del modo de producción capitalista y mostró cómo la posición de una persona en la estructura productiva —ser dueño de una fábrica o vender su fuerza de trabajo en ella— configura experiencias, subjetividades y conflictos colectivos a lo largo de generaciones enteras.

Émile Durkheim dio el paso que quizás más le interesa a un psicólogo: en Las reglas del método sociológico de 1895 y en El suicidio de 1897, fijó el hecho social como objeto específico de estudio y propuso explicar lo psíquico colectivo por causas igualmente colectivas. Durkheim demostró, con datos, que incluso un acto que parece tan íntimo como quitarse la vida tiene causas sociales identificables, relacionadas con el grado de integración

y de regulación normativa de cada grupo. Esto no es solo historia de las ideas: en ciudades como Medellín, las tasas de suicidio varían según el grado de integración social de cada comunidad, lo que obliga al psicólogo a leer las cifras epidemiológicas del contexto antes de interpretar cualquier caso individual como si ocurriera en el vacío.

Max Weber completó este primer cuadro fundacional desde un ángulo distinto. En su ensayo de 1904 sobre la objetividad del conocimiento en las ciencias sociales y culturales, defendió una sociología comprensiva, centrada en el sentido subjetivo que los propios actores atribuyen a sus acciones: no basta con contar y clasificar conductas desde afuera, hay que preguntarse qué significan para quien las realiza. Y en su obra de 1905 sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo, mostró algo que todavía sorprende: que valores culturales específicos, como cierta ética religiosa, pueden llegar a transformar estructuras económicas enteras. Comte, Spencer, Marx, Durkheim y Weber, cada uno a su manera, dejaron fijado el estatuto científico de la sociología antes de que terminara el siglo diecinueve.

Durkheim demostró que incluso un acto tan íntimo como quitarse la vida tiene causas sociales identificables relacionadas con el grado de integración y de regulación normativa de cada grupo.

TÉRMINOS CLAVE

hecho social — Categoría formulada por Durkheim en 1895: objeto específico de la sociología, explicable por causas igualmente colectivas y no por la mera suma de voluntades individuales.

sociología comprensiva — Propuesta de Weber (1904): centrada en el sentido subjetivo que los actores atribuyen a sus propias acciones, no solo en la clasificación externa de conductas.

03

Boas, Malinowski, Mead: la antropología entra al campo — y dos formas de hacer ciencia de lo humano

Mientras la sociología afinaba sus herramientas para leer los grandes agregados sociales, otra disciplina se profesionalizaba con una vocación distinta: entender de cerca los sentidos que cada cultura da a la experiencia humana. Franz Boas, en 1911, publicó *La mente del hombre primitivo*, un libro que desmontó de raíz la jerarquización racial y cultural propia del siglo diecinueve. Boas mostró que no existen culturas superiores ni inferiores, sino configuraciones históricas distintas, cada una con su propia lógica interna. Ese gesto —tan sencillo de enunciar, tan difícil de sostener en la práctica cotidiana— es el que funda el principio moderno del relativismo cultural, sin el cual no habría antropología ni psicología cultural contemporáneas.

Bronisław Malinowski llevó ese principio al terreno: en 1922, con *Los argonautas del Pacífico occidental*, documentó la complejidad del intercambio ritual kula entre las islas Trobriand tras

meses de convivencia continua con la comunidad que estudiaba. Margaret Mead, en 1928, aportó su propio hito con un estudio pionero sobre la adolescencia y la cultura en la sociedad samoana. Los tres —Boas, Malinowski y Mead— instalaron el trabajo de campo prolongado y la observación participante como pilares metodológicos de la antropología, un acento completamente distinto al de la encuesta representativa que privilegiaba la sociología heredera de Durkheim y Weber.

Estas diferencias metodológicas no son barreras infranqueables entre disciplinas rivales, sino acentos distintos que se vuelven complementarios frente a problemas psicosociales complejos. Un psicólogo que analiza la violencia contra la mujer en los barrios populares de Cali puede usar las estadísticas oficiales del Observatorio de Violencia de Género para dimensionar el problema —ese es el registro sociológico— y, al mismo tiempo, realizar entrevistas en profundidad con mujeres y hombres para comprender los significados culturales que sostienen esas prácticas —ese es el registro antropológico—. Ninguno de los dos abordajes, tomado en solitario, alcanza la potencia explicativa de ambos combinados.

Los puentes entre ambas tradiciones tienen nombre propio. Pierre Bourdieu, en los años setenta, propuso la noción de *habitus* para articular estructura social y disposiciones culturales incorporadas en el cuerpo mismo de cada persona, y acuñó también el concepto de *campo social*, útil para pensar las tensiones entre clínica, academia y servicios de salud mental. Clifford Geertz, en 1973, propuso la descripción densa como método para leer las culturas como tramas de significado. Anthony Giddens, en 1984, disolvió con su teoría de la estructuración el viejo dualismo entre individuo y sociedad. Y en Colombia, Orlando Fals Borda formuló, desde la Universidad Nacional en Bogotá y desde Córdoba y Sucre, la investigación acción participativa: un método que reúne el rigor sociológico con la sensibilidad antropológica y el compromiso político con las comunidades populares, hoy reconocido por la UNESCO y replicado en programas de posgrado de México, Brasil, Argentina y Chile.

Para un psicólogo que trabaja en la Comuna 1 de Medellín o en el corregimiento de Pasacaballos en Cartagena, dominar ambas gramáticas —la cuantitativa y la etnográfica— no es un lujo teórico: es la diferencia entre leer un informe institucional sin contexto y comprender, con la misma seriedad, el relato oral de una lideresa comunitaria.

Estas diferencias metodológicas no son barreras infranqueables entre disciplinas rivales, sino acentos distintos que se vuelven complementarios frente a problemas psicosociales complejos.

TÉRMINOS CLAVE

relativismo cultural — Principio fundado por Boas en 1911: no existen culturas superiores ni inferiores, sino configuraciones históricas distintas que deben comprenderse en sus propios términos.

investigación acción participativa — Método formulado por Orlando Fals Borda en Colombia (años setenta y ochenta) que reúne rigor sociológico, sensibilidad antropológica y compromiso político con las comunidades populares.

04

Sociedad, cultura, género: los tres ejes que vertebran el curso

El curso que Andrea empieza a recorrer se organiza alrededor de tres ejes que no son compartimentos estancos, sino dimensiones entrelazadas de la experiencia humana que exigen un análisis simultáneo cada vez que se aborda un problema psicosocial real. El primer eje, la sociedad, remite al conjunto de estructuras, instituciones y relaciones que ordenan la vida colectiva: la familia como célula primaria de socialización, la escuela como dispositivo de transmisión y de estratificación, el mundo del trabajo con sus divisiones formales e informales, el Estado con sus políticas públicas, las desigualdades de clase documentadas año tras año por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, y las redes de solidaridad que sostienen la vida cotidiana en los barrios populares.

El segundo eje, la cultura, remite a la red de significados compartidos que permite a los miembros de un grupo interpretar el mundo y dar sentido a la vida: el lenguaje, los rituales, las creencias religiosas, los sistemas morales, las expresiones artísticas, la gastronomía, las formas de parentesco, la memoria histórica y las narrativas colectivas. Es el eje que Boas iluminó en 1911 al romper con el evolucionismo cultural, y que Geertz profundizó al proponer leer la cultura como un texto simbólico que se descifra mediante la descripción densa.

El tercer eje, el género, se consolidó como categoría analítica a partir de un hito preciso: Simone de Beauvoir, en 1949, publicó en París *El segundo sexo*, donde formuló que no se nace mujer, se llega a serlo. A esa semilla se sumaron Margaret Mead, con sus estudios sobre sexo y temperamento de 1935, y generaciones posteriores encabezadas por Joan Scott y Judith Butler con *Problemas de género* de 1990. En América Latina, la antropóloga mexicana Marcela Lagarde, la antropóloga argentina Rita Segato con sus trabajos sobre estructuras de género, y Dora Barrancos con su historia de las mujeres en Argentina, extendieron esta categoría al terreno regional. El género no es sinónimo de sexo biológico, sino un sistema complejo de identidades, jerarquías, divisiones del trabajo doméstico y productivo, expectativas sociales y regulaciones normativas que atraviesa transversalmente a los otros dos ejes.

Los tres ejes se encuentran permanentemente en la experiencia concreta: la sociedad estructura las condiciones materiales de vida, la cultura da sentido e interpretación a esas condiciones, y el género las atraviesa configurando experiencias diferenciadas entre hombres, mujeres, personas trans y personas de identidades no binarias. Para la psicología, pensar estos tres ejes como lentes integradas permite dejar atrás las explicaciones

individualistas reduccionistas —esas que Andrea aprendió en la universidad y que se le quedan cortas en consulta— y acercarse a una comprensión situada del sufrimiento y del bienestar, coherente con los marcos de derechos humanos que hoy orientan la acción profesional en América Latina.

Cada una de las doce sesiones del curso tomará uno de estos ejes como hilo conductor, y la sesión final volverá a tejerlos en una síntesis aplicada que el estudiante podrá convertir en herramienta de intervención concreta en su propia ciudad.

El género no es sinónimo de sexo biológico, sino un sistema complejo de identidades, jerarquías y divisiones históricamente construidas que atraviesa transversalmente a los otros dos ejes.

TÉRMINOS CLAVE

eje sociedad — Conjunto de estructuras, instituciones y relaciones que ordenan la vida colectiva: familia, escuela, trabajo, Estado, clase y redes de solidaridad.

género — Sistema de identidades, jerarquías, divisiones del trabajo y regulaciones normativas históricamente construidas; categoría inaugurada por Beauvoir en 1949, no sinónimo de sexo biológico.

05

Martín-Baró, Montero, Moscovici, Cole: los puentes críticos entre socioantropología y psicología

Los cuatro movimientos fundacionales que acabamos de recorrer —la sociología de Comte a Weber, la antropología de Boas a Mead, los tres ejes del curso— necesitan de un último eslabón para llegar hasta el consultorio de Andrea en Barranquilla: los autores que tradujeron explícitamente estos marcos al lenguaje de la psicología. Serge Moscovici abrió la puerta en 1961 con su teoría de las representaciones sociales, que estudia cómo las personas construyen, comparten y transforman los significados que circulan en la vida cotidiana. No se trata de una curiosidad académica europea: es la pregunta por cómo un barrio entero llega a compartir una misma idea sobre qué es la enfermedad mental, quién merece ayuda y quién debe callar su malestar.

Michael Cole, con su psicología cultural histórica publicada en 1996, dio un paso más: mostró que las funciones psicológicas superiores —la memoria, la atención, el razonamiento— no son procesos neutros que ocurren dentro de un cráneo aislado, sino que se constituyen mediante la mediación cultural e histórica de herramientas, lenguajes y prácticas compartidas.

Pero es en la tradición crítica latinoamericana donde estos puentes se vuelven urgentes y situados. Maritza Montero, desde Venezuela y la Universidad Central de Caracas, sistematiza

desde los años ochenta la psicología comunitaria como campo específico orientado al fortalecimiento colectivo, la participación sustantiva y la transformación de las condiciones de vida. E Ignacio Martín-Baró, psicólogo jesuita asesinado en El Salvador en 1989, formuló en esa misma década la psicología de la liberación: una psicología que debía situarse al lado de las mayorías populares y atender la realidad social concreta antes que importar modelos externos contruidos para otras latitudes y otros problemas.

Moscovici, Cole, Montero y Martín-Baró comparten, pese a sus diferencias de método y de geografía, una misma convicción: el sujeto psicológico no puede comprenderse al margen de las estructuras sociales ni de los significados culturales compartidos. A este repertorio se suma Néstor García Canclini, quien en 1990 propuso desde México la categoría de hibridación cultural en Culturas híbridas, y el propio Orlando Fals Borda con su investigación acción participativa. Juntos ofrecen al psicólogo latinoamericano un repertorio conceptual amplio para comprender cómo lo social y lo cultural habitan lo psíquico en contextos tan diversos como un barrio popular de Medellín, una comunidad indígena del Cauca o un territorio campesino de Boyacá.

El sujeto psicológico no puede comprenderse al margen de las estructuras sociales ni de los significados culturales compartidos.

TÉRMINOS CLAVE

representaciones sociales — Teoría de Moscovici (1961): estudia cómo las personas construyen, comparten y transforman los significados de sentido común que circulan en la vida cotidiana de un grupo.

psicología de la liberación — Corriente formulada por Ignacio Martín-Baró: la psicología latinoamericana debe situarse junto a las mayorías populares y atender la realidad social concreta antes que importar modelos externos.

06

De la teoría a la consulta: la socioantropología en la salud mental comunitaria colombiana

Para Andrea, y para cualquier psicólogo que empiece a ejercer en una ciudad colombiana, la socioantropología no es un adorno académico sino una herramienta de trabajo cotidiano que moldea decisiones clínicas, comunitarias y organizacionales. América Latina es una región atravesada por desigualdades persistentes, documentadas año tras año por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe; por una enorme diversidad étnica, registrada en los censos de población indígena y afrodescendiente del Departamento Administrativo Nacional de Estadística en Colombia y del Instituto Nacional de Estadística y Geografía en México; por procesos migratorios internos y transfronterizos monitoreados por la

Organización Internacional para las Migraciones; y por heridas históricas ligadas al colonialismo, a las dictaduras y a conflictos armados como el colombiano.

En Colombia, la Ley 1616 de 2013 reconoce explícitamente la dimensión comunitaria del bienestar psíquico y obliga a las Empresas Promotoras de Salud y a las Instituciones Prestadoras de Servicios a ofrecer atención psicosocial con enfoque territorial y diferencial. El Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral a Víctimas, PAPSIVI, acompaña a las víctimas del conflicto armado con un enfoque que integra estructuras sociales, significados culturales y género. La Ley 1090 de 2006 y el Código Deontológico del Colegio Colombiano de Psicólogos refuerzan esta exigencia ética, mientras que los lineamientos de la Organización Panamericana de la Salud orientan al país hacia la desinstitucionalización y la atención primaria en salud mental.

Estos marcos normativos no son letra muerta: se traducen en herramientas concretas. Un psicólogo que trabaje en un centro de atención primaria en Aguablanca, Cali, o en una unidad comunitaria en la Comuna 13 de Medellín, encontrará en la socioantropología recursos precisos: mapeos de redes sociales, análisis de las representaciones culturales sobre la salud mental, lectura de las dinámicas de género en la distribución de los cuidados, y reconocimiento de los saberes comunitarios sobre la crianza, el duelo o la transformación de los conflictos.

La Universidad de Antioquia en Medellín, la Universidad del Valle en Cali, la Universidad Nacional en Bogotá y distintos programas universitarios de psicología en Barranquilla ya han formado cohortes de psicólogos comunitarios que articulan estos marcos en su práctica profesional, demostrando que la socioantropología no es abstracción académica sino palanca real para transformar la realidad psicosocial del país.

El psicólogo que desconoce estos marcos es, literalmente, un profesional a ciegas en su propio territorio, expuesto a reproducir estereotipos, a patologizar diferencias culturales legítimas o a aplicar protocolos descontextualizados que no le sirven ni a Andrea ni a las familias que la esperan en Barranquilla, Bogotá, Medellín, Cali o Cúcuta.

El psicólogo que desconoce estos marcos es, literalmente, un profesional a ciegas en su propio territorio.

TÉRMINOS CLAVE

Ley 1616 de 2013 — Ley colombiana de salud mental que reconoce la dimensión comunitaria del bienestar psíquico y exige atención psicosocial con enfoque territorial y diferencial.

PAPSIVI — Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral a Víctimas: acompaña a víctimas del conflicto armado colombiano integrando estructuras sociales, significados culturales y género.

Psique Académica – Escuela de Psicología. Lectura elaborada a partir del contenido instruccional oficial (OVA). Uso educativo.